retorno, que sus hermanos le enviaban; mas cuando llegó, había expirado el proscrito infortunado.

En su abandonada tumba, llamada á desaparecer próximamente, por las obras de ensanche, que se hacen en el cementerio, se lee este epitafio:

AQUÍ
DUERME EL SUEÑO ETERNO
MANUEL RAMIREZ ARELLANO
DESTERRADO MEXICANO
GENERAL DEL PRIMER IMPERIO
QUE
CON EXTRAÑO VALOR
PRIVADO DEL BESO DE SUS DEUDOS
Á LA EDAD DE 45 AÑOS
CONSUMIDO POR UNA LENTA ENFERMEDAD
RINDIÓ SU ALMA AL HACEDOR
EL 10 DE DICIEMBRE DE 1877. (1)

(1) Debemos estos datos al Cónsul don Enrique Angelini y la traducción de ellos al inteligente literato don Enrique Fernández Granados.

EL LIBRO

Los traidores de los traidores

El general Manuel Ramírez de Arellano murió en el Señor; pero creemos que la absolución que le dió su confesor, al cerrar los ojos, no es válida como católica, ni menos como cristiana, porque teniendo en la punta de la lengua su pecado mortal más nefando, no lo confesó.

—Padre—debía haber dicho para entrar en el descanso eterno—acúsome de que he escrito un libro titulado *Ultimas horas del Imperio*, en el que yo soy también pecador de lo mismo que abomino.

Mas no ha sido así: en este libro hermoso, en que hay sinceridad y vehemencia, el autor vela sus faltas graves con la maestría que le dan su talento y su pasión.

Este libro vive todavía la vida intensa que le trajo al mundo. Su lectura entristece ó alegra, hace despreciar ú odiar, hace cruel ó humaniza; pero no infunde en el ánimo la conmiseración para esos desgraciados réprobos, culpables de traición á la patria, que el autor retrata á rasgos.

Leonardo Márquez, Tomás Mejía, Severo del Castillo, Santiago Vidaurri, Quiroga, Ramón Méndez, Silverio Ramírez, Tomás O'Horán, son figuras antipáticas, en quienes ni por asomo hay gratitud á la patria.

El Emperador, con sus veleidades é hipocresías, y Bazaine, con sus malas entrañas, asomaron también en esta escena para ser más odiados.

Treinta y seis años no han bastado para apagar siquiera el rescoldo de las cenizas del Imperio.

A tres mexicanos se les debe el Imperio de Maximiliano: á don José María Gutiérrez de Estrada, presidente de la diputación mexicana que fué á Miramar á ofrecerle el trono; al general Juan N. Almonte, alma de las revoluciones del partido clerical y consejero y guía del invasor ejército francés; y á don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, que tentó con una acción impura en las Tullerías á Napoleón III y llamó "enviados del cielo para reparar todas las ruinas y estragos de México, á Maximiliano y Carlota."

El primero de estos perversos mexicanos fué centralista en 1831, federalista en 1834, y trajo, después de cuatro años de correrías por Europa, la idea de implantar una monarquía constitucional ejercida por un príncipe ex-

tranjero; sin embargo de proclamar, como Chateaubriand, que la república representativa será el estado futuro del mundo y que casi le parecía todavía tiránico aún el más libre de los gobiernos conocidos. (1)

El segundo, siendo ministro de guerra en la época de Bustamante, combatió á los liberales; mas luego que vislumbró el triunfo de éstos, pasóse á sus filas.

Nombrado ministro en Francia, por Paredes, permaneció en Veracruz so pretexto de no poder embarcarse por no haber buque; pero la verdad era que estaba entendiéndose con el gobernador del Estado para derrocar á Paredes.

Fué amigo y protegido de Santa Anna, y luego uno de sus mayores enemigos.

Hecha la paz con los Estados Unidos, se propuso como candidato á la presidencia.

Cuando estuvo en Madrid, así que vió que Miramón era bien recibido por el alto clero y tenía conferencias secretas con el gabinete O'Donnell–Posada, el cual pretendía ponerle á la cabeza del régimen dictatorial que proyectaba imponer á México, entráronle celos y partió á París, donde, unido al Arzobispo

(1) *Carta dirigida al Exmo. Sr. Presidente de la República sobre la necesidad de buscar en una Convención el posible remedio de los males que aquejan á la República y opiniones del autor acerca del mismo asunto*, pág. 39.

Labastida, dió ser á la candidatura de Maximiliano.

Fué amigo de Juárez, durante su gobierno en Oaxaca, y escribió y dedicó al Estado en 1852 su libro *Manual de guerrillas para la guardia nacional del Estado libre y soberano de Oaxaca, ó sean Breves instrucciones para el servicio de los puestos avanzados de campaña, compiladas de los mejores autores.* Juárez mandó imprimir competente número de ejemplares y los distribuyó entre las tropas y los pueblos amagados de la invasión extranjera.

Entre los elementos de su carácter, sobresalía la venganza (1).

[1] El Sr. Gabriel Benítez, ilustre diplomático paraguayo, con cuya amistad nos honramos, hace esta descripción, que no carece de interés por haber sido testigo de los sucesos referentes á México en Francia:

"¿Qué puedo decirle, señor Pola, de sus compatriotas los generales Miramón y Almonte, y los Señores Hidalgo y Gutiérrez, que usted no conozca históricamente mejor que yo?

"Sin embargo le diré que yo conocí al general Almonte como Ministro del gobierno republicano de México en Francia, y al señor Hidalgo como representante diplomático en París, del invasor extranjero. Creo que posteriormente el general Almonte se hizo monarquista, y formó parte de la Comisión de mexicanos que fué á ofrecer la corona imperial al príncipe Maximiliano de Austria. Ambos, Almonte é Hidalgo, tuvieron fácil acceso en las Tullerias, sobre todo el último. La bella Emperatriz Eugenia [que decía, *c'est ma guerre*] le trataba con mucho favor; pero

El tercero empleó toda su vida en fomentar las disensiones, derrochando el dinero de la Iglesia, sin importarle la paz y el progreso de México, ni á la misma patria. Cuando no pudo dirigir á Maximiliano en su política, suministró dinero y obligó á muchos sacerdotes á que engrosasen las filas de los descontentos.

Estos tres: Gutiérrez de Estrada, Almonte y Labastida debían formar un triunvirato que serviría de transición entre el gobierno republicano y la monarquía austriaca. Los tres se acordaron de Maximiliano para elevarlo al trono y pusieron su candidatura bajo el amparo de Luis Bonaparte.

Y los tres ellos, á poco de llegar la Inter-

entre los representantes diplomáticos y los nacionales de las Repúblicas Americanas no gozaban de ninguna consideración.

"No podía ser de otro modo, por el aborrecible rol que jugaban. Los franceses no les apreciaban tampoco por el mismo motivo. Llegaron á ser más desconceptuados todavía, á medida que la campaña militar y la influencia de la Francia en México le debilitaban, con motivo de la actitud de Estados Unidos.

"Vd. sabrá que la campaña militar contra México fué antipática en Francia. En la prensa y en el Parlamento de aquella gran Nación, fué muy combatida la política de Napoleón III. Los notables oradores Thiers, Julio Favre, Emilio Ollivier, Picard y otros, la atacaban con energía. De manera que la decadencia del prestigio del Soberano francés empezó con la guerra de México, y acabó en la catástrofe de Sedan."

vención, su primera obra, la volvieron las espaldas y la minaron con su conducta de discordias, porque Forey deslizó en su manifiesto á la nación mexicana, el 12 de junio de 1863, "que el Emperador vería con placer, fuera posible al gobierno proclamar la libertad de cultos, este gran principio de las sociedades modernas."

Según confesión de los imperiales, de la flor de la monarquía, todo fué una serie de traiciones durante la Intervención y el Imperio.

El general Agustín Pradillo, "que tuvo la fortuna de que sin ser príncipe, estuviese al lado de Maximiliano desde los primeros días de su llegada á México, obteniendo progresivamente su afecto y confianza," dice que Napoleón traicionó á lo pactado y á la obra en que tanta parte tenía, abandonando la empresa, retirando su ejército y entregando sin defensa las principales ciudades de México á las tropas republicanas (1).

El licenciado Ignacio Alvarez, llamado cronista de Su Majestad por los mismos imperiales, dice, juzgando á Napoleón y á Maximiliano con motivo de la convención firmada en el Palacio de Miramar, y concertada anteriormente por ambos en las Tullerías:

(1) *Maximiliano* y *los últimos sucesos del Imperio en Querétaro* y *México*, por Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, págs. 135 y 137.

"Los dos Emperadores jugaron con la suerte de un pueblo y faltaron á sus más grandes y solemnes compromisos, contrayéndose una responsabilidad inmensa."

El mariscal Bazaine, á quien Maximiliano colmó de honores y le regaló el palacio de Buenavista, el día de su matrimonio con la señorita Josefa Peña y Azcárate, fué el segundo gran traidor: propuso armas, equipo y vestuario, á precios ínfimos, al general Porfirio Díaz, que no quiso comprarlos, porque, no obstante lo bajo de su precio, estaba seguro de poderlos obtener á otro aún más bajo, como sucedió: pues los declaró contrabando de guerra y los persiguió, ofreciendo un tanto por ciento á los denunciantes, con la más plena garantía de sigilo (1).

Pero hay más, según Arnold de Thiers, el Mariscal Bazaine trató con los señores Malo, Montes y Rincón, para que el 12 de septiembre de 1866, á las dos de la mañana, hicieran una manifestación popular contra el Imperio, á fin de destronar á Maximiliano y proclamar dictador á aquél; y en 22 de octubre del mismo año, á las cinco de la tarde, entregó al Cónsul de México en Viena dos órdenes contra el tesoro francés, pagaderas en París, de los fondos secretos puestos

(1) Entrevista con el general Porfirio Díaz.

á su disposición, el 21 de diciembre, y de las cuales una de 20,000 francos, marcada A,[2] era para Hergsfeld, y la otra marcada A,[5] para el coronel austriaco Kodolich, haciendo el valor de ambas letras 250,000 francos: paga de estos dos personajes para que por su influencia, sus consejos y todos los medios posibles, lograsen la abdicación y marcha de Maximiliano á Europa. Pero habiendo fracasado el complot, Bazaine puso un cable grama para que las libranzas no fuesen pagadas.

Según el licenciado Ignacio Alvarez, el llamado cronista de Su Majestad, don Joaquín Velázquez de León, ministro sin cartera del Imperio, traicionó, firmando el tratado secreto de Miramar; y el general Almonte, también, porque se declaró en favor de las leyes de Reforma, durante la Regencia. Además, éste y el general José Mariano de Salas traicionaron al Arzobispo Labastida, expidiendo, como miembros de la Regencia, el decreto en que se prevenía la circulación de los pagarés otorgados por los bienes de la Iglesia.

Almonte traicionaba también sus convicciones: desde hacía mucho tiempo había expresado esta opinión acerca del establecimiento de una monarquía en México, trayendo un príncipe extranjero, en una nota que,

con el carácter de ministro de la guerra, dirigió, el 22 de octubre de 1840, al general Gabriel Valencia, jefe entonces de plana mayor del ejército: "de cuyo precioso bien (hablaba entonces de la independencia) quedaríamos privados sí, *lo que es imposible*, llegase á tener efecto el anti-nacional proyecto de establecer en nuestro país una monarquía regida por un príncipe extranjero que, para sostenerse, necesitaría traer consigo un ejército, contra el cual combatirían de nuevo los mexicanos, para volver al goce de su independencia y de la libertad que han adquirido al precio de tantos sacrificios: cuyo hecho no sería dudoso, porque si el héroe de Iguala con todos sus títulos á la gratitud nacional corrió una suerte desgraciada en el memorable Padilla, *con cuánta más razón debe creerse que sería peor la de cualquier otro.* Puede, pues, asegurarse que México jamás será pacificado, regido por ningún monarca, y especialmente si fuere extranjero."

El general Miguel Miramón, que se le tiene por el servidor más leal del Imperio, traicionó á Maximiliano, no sólo entrando en inteligencia con los liberales (1), sino tratando de aprovechar todas las circunstancias para

---

(1) *Maximiliano, Emperador de México, su vida* y *su muerte*, pág. 101.

proclamarse presidente (1) y hasta intentar, la noche del 21 de abril de 1867, aprehender al Emperador (2), porque le importaba poco á éste y el Imperio.

El general Tomás Mejía, otro de los jefes *fieles* al Imperio, trató de escapar del sitio de Querétaro, disfrazándose de indio (3). Cuando la contienda en la Cruz, el 14 de marzo, estando el Emperador en un punto de peligro, prorrumpió, suplicándole se hiciese á un lado: "Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos pelearemos entre nosotros por la presidencia" (4).

El general Ramón Méndez, otro jefe *fiel* al Imperio, en la imposibilidad, por sus crímenes, de entenderse con el partido republicano, se unió al general Mejía y otros jefes, para ver de qué manera se capitulaba. Y tanto éste como aquél, al pesar las consecuencias de la discordia que reinaba, se fingieron enfermos.

El general Silverio Ramírez, sopretexto

(1) Afirmación del general imperial Ramón Méndez.

(2) Félix de Salm Salm, *Mis Memorias sobre Querétaro* y *Maximiliano*, pág. 134.

(3) Proceso abierto al general Escobedo por su Informe al Supremo Gobierno, en el que fueron secretario el Lic. José Olmedo y Lama, y escribiente el capitán 1º Enrique Sandoval.

(4) *Mis Memorias sobre Querétaro* y *Maximiliano*, por Félix de Salm Salm, pág. 63.

de un ataque contra los sitiadores, trató de entregar un punto de la plaza de Querétaro al general Ramón Corona (1).

A los generales de brigada Francisco Casanova y Manuel Escobar se les separó de sus líneas, por desconfianza de su lealtad (2).

El comandante Carlos Adame estuvo preso é incomunicado por estar en relación con los republicanos.

La Gendarmería en masa, con sus oficiales y jefe, estuvo también presa, por igual causa.

Los fracasos contínuos para salir con bien de Querétaro, los atribuye el príncipe de Salm á malignidad de Miramón. "Antiguamente, dice, Márquez era el espíritu maligno del Emperador; esta vez lo era Miramón: el primero de éstos es un traidor vil; el segundo pagó con su sangre, al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario, creeremos que Miramón, aunque completamente poseido de ambición personal, estaba más bien ciego por sus propias ilusiones y llevado por su ligereza, de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste" (3).

(1) *Maximiliano, Emperador de México, su vida* y *su muerte*, pág. 101.

(2) *La Toma de Querétaro*, por Miguel López, pág. 11.

(3) Salm, obra citada, pág. 145.

Y en estas recriminaciones á Miramón, no contamos su salida al campo republicano, donde conferenció con el general Rocha.

Dentro el mismo sitio había imperiales que informaban espontáneamente de cuanto acontecía á los sitiadores. Uno de ellos era el doctor Vicente Licea.

Mas no sólo se traicionaban los traidores entre sí en Querétaro, también se traicionaban en México: el general Tomás O'Horán ofrecía al general Porfirio Díaz la entrega de la plaza y del general Leonardo Márquez.

Este entendíase muy bien con don Juan José Baz, el célebre liberal rojo, que le tuvo escondido en su casa y despistaba á la policía para que no diera con aquél. Más aún, la señora su esposa, de grandes virtudes, fué la autora de la carta de recomendación que Márquez presentó en Veracruz á don Jorge de la Serna, para ser protegido y para que escapara con buen éxito en 1867.

Don Nicolás de la Portilla, Ministro de la Guerra de Maximiliano, tenía un salvo-conducto para salir de la ciudad y entenderse con los republicanos (1).

---

(1) Como plena ratificación de lo que afirmamos acerca de la perversidad de los traidores, publicamos esta hermosísima carta del general Porfirio Díaz, cuyo tono hay qué explicarse por su estado de ánimo en aquella época de revueltas sin tregua y en que la integridad de la patria y el

Las mismas tropas austriacas, según el general Agustín Pradillo, traicionaban al Imperio, celebrando tratados ó convenios por mediación del baron de Lago.

Durante el sitio de México, fueron juzgados por delito de traición el teniente Bourlon y los subtenientes Certain y Caret.

---

sostenimiento de la República eran la bandera del partido liberal:

"*Guadalupe Hidalgo, Mayo 3 de 1867.*—Mi querido amigo.—Mientras que sitiaba á Puebla, supe que Márquez abandonaba México para marchar contra mí con cinco mil hombres. Os confieso que me ví afligido para tomar algún partido. ¿Qué debía yo hacer? ¿Levantar el sitio y marchar al encuentro de Márquez, esperar su venida, ó bien dar inmediatamente el asalto? Esto último fué mi resolución.

"El suceso favoreció la impetuosidad de nuestras tropas, que, aunque poco aguerridas, asaltaron con gran valor las posiciones de los imperialistas, sin hacer caso del fuego nutrido de fusilería y de las granadas de mano que se les lanzaban de lo alto de las casas y de los balcones. Cuando los atrincheramientos fueron tomados, los soldados de la guarnición que se habían refugiado en el interior de las casas, temieron ser atacados por retaguardia, abandonaron sus escondites y fueron hechos prisioneros. Las alturas de los alrededores estaban aun ocupadas por el enemigo; pero su guarnición capituló poco después.

"Desde luego pude marchar al encuentro de Márquez. Con la ayuda de una división de caballería mandada por el general Guadarrama, y destacada del ejército de Escobedo, lo derroté completamente.

"La derrota de Márquez tuvo lugar el 10 de abril, aniversario del día en que el austriaco había aceptado la corona de México, en 1863. Había resuelto atacar inmedia-

Manuel Domenech, capellán del ejército francés en México y director de la prensa en el gabinete de Maximiliano, afirma que el clero traicionaba al Emperador, y que á su vez el Emperador traicionaba al clero, reconociendo las leyes de Reforma y buscando la amistad de Juárez.

---

tamente á México, y aun me puse en marcha con intención de fijar mi cuartel general en Tacubaya, pero el general Escobedo llamó la división de Guadarrama, y me ví obligado á cambiar mis planes y establecerme aquí. Poco tiempo después de mi llegada, el padre Fischer, confesor de Maximiliano, vino á hacerme proposiciones inaceptables, que rechacé inmediatamente. En seguida la princesa prusiana Salm Salm, mujer de un ayudante de campo de Máximiliano, vino á verme para pedirme un salvo-conducto, á fin, según decía, de volver á Querétaro á exponer á Maximiliano la situación de México y persuadirlo de que se rindiese Querétaro. Igualmente rechacé esta proposición, pues, para hablaros francamente, yo no tenía confianza en sus resultados.

"Antes de mi llegada frente á México, Portilla, que se hacía llamar ministro de guerra, ofreció poner la ciudad en mis manos, con tal de que le diese garantías de seguridad personal. Por otra parte, O'Horán me hacía la misma oferta, añadiendo que si le garantizaba la vida y le daba un pasaporte para el extranjero, me entregaría á Márquez. (Los malvados siempre se traicionan, aun estando á la vista los unos de los otros).

«Actualmente nuestras baterías están establecidas á 200 metros de las fortificaciones enemigas, y continuamos nuestros trabajos de zapa, de manera que caiga prontamente en nuestro poder la capital de la República, ya sea por un asalto, ya por una capitulación.

«En el interior de la ciudad no hay violencias ni extor-

Hay que reconocer que, dadas tanta infidencia y malignidad, Maximiliano, agobiado por una enfermedad secreta, contraida en su juventud tempestuosa, que le había hecho perder su virilidad; Maximiliano, para salvarse de los efectos de las discordias entre sus mismos partidarios, de quienes desconfiaba más que de los mismos republicanos, sus enemigos, se encontró en la necesidad de entregar la plaza de Querétaro.

---

siones á que no haya recurrido Márquez para hacerse de dinero y para aumentar su ejército. Los comerciantes extranjeros han cerrado sus establecimientos, y están actualmente bajo la protección de sus ministros respectivos, que han protestado contra los actos de Márquez. Los diarios de ayer anuncian que éste último debe expedir una nueva orden muy rigurosa contra los comerciantes. El cuerpo diplomático parece estar deseoso de dejar la ciudad y retirarse á Tacubaya. Naturalmente, yo no reconoceré á sus miembros como funcionarios oficiales, sino como simples particulares.

"El general Bazaine me ha mandado ofrecer, antes de su salida, por medio de un tercero, entregarme las ciudades ocupadas por los franceses, y también á Maximiliano, á Márquez, á Miramón, etc., con tal que accediera á una proposición que me hacía y que rechacé porque no la creía muy honrosa. Otra proposición también se me ha hecho por el intermediario de Bazaine, para la compra de 6,000 fusiles y 4 millones de cápsulas. Si lo hubiera deseado, también me habría vendido cañones y pólvora, pero yo rehusé aceptar estas proposiciones. La intervención y sus resultados nos han abierto los ojos, y en lo de adelante seremos más prudentes al tratar con las potencias de Europa, y especialmente con la Francia.—*Porfirio Diaz.*"

¿Y de quién debía valerse sino de su amigo y compadre, el coronel Miguel López, á quien "el Emperador, dice el príncipe de Salm, confiaba cosas que no debía" [1].

Uno de estos grandes traidores, tal vez el más renombrado, José María Gutiérrez de Estrada, falleció en Europa dos meses antes del fusilamiento de Maximiliano, habiendo dado este sabio consejo, desde 1840, á los políticos mexicanos de la época: "Si esta nación, por su corta edad, se entrega sin parar á contínuos desórdenes; si se halla condenada á vivir todavía por mucho tiempo en tan peligrosa *infancia*, es preciso convenir en que se necesita de un tutor ó pedagogo, que armado de competente autoridad y poder, ponga término á semejante estado de cosas, y le haga entrar en el camino de la discreción, del honor y de la virtud (2)."

---

(1) En la obra *El General Miguel Miramón*, que son sus memorias, se lee en el 2º tomo, pág. 141, edición de *El Tiempo*, diario conservador y admirador incondicional del valiente militar imperial:

«Miramón deploraba tener como jefe á un príncipe débil que en la intimidad prestaba oídos á los consejos de un coronel tan ignorante como López, y tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y verse obligado á luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, no obstante sus brillantes cualidades militares.»

(2) Carta citada, pág. 72.

MAXIMILIANO

Como entregó la plaza de Querétaro

La Historia es concisa y seca en su enseñanza de la ocupación de Querétaro, no obstante ser ésta un punto capital, cuyos detalles dejarían menos duda en el ánimo sobre la traición de Maximiliano que la duda que deja la lectura del suceso narrado en globo. Dicen los autores de Historia, los que más dicen: que el coronel Miguel López salió del sitio la noche del 14 de mayo y que en la madrugada del 15 entregó la plaza por el punto de la Cruz.

Es, pues, de importancia para la Historia saber en detalle el hecho, referido por las mismas personas que jugaron papel principal en la escena; saber por qué, á qué hora, cómo y por dónde salió López; en qué punto preciso y línea de los republicanos fué á dar; con quién habló primero, qué dijo, cómo se le internó entre la tropa enemiga, cómo habló con el general Mariano Escobedo, qué tiempo duró la entrevista y dónde fué, cómo regresó á la ciudad, qué hizo Escobedo inmediatamente después, á qué hora y cómo